

# Los caminos del amor o apuntes medievales de viaje

M<sup>a</sup> Cristina Rodríguez Aguilar

*"La belleza que me guía me da vuelo,  
impulso, camino en danza."*

"Cae la tarde cuando el noble trovador Walther von der Vogelweide, sentado bajo un gran castaño, despierta sobresaltado por un golpe en la cabeza. Entre las ramas doradas por el crepúsculo, una ardilla le mira fijamente. Una ardilla roja como ese sol que va adentrándose en la montaña. Se toca para aliviar el punzante dolor. Los pinchos verdes de la castaña le han hecho una pequeña herida de la que sale un poco de sangre. La ardilla sigue ahí, mirándole fijamente, con descaro. No se parece en nada a las ardillas que le han estado acompañando a lo largo del viaje, esas ardillas francas tímidas e invisibles, o las de los bosques que rodean sus tierras. Desde que una ardilla albina ayudara a un antepasado suyo a salir del bosque en el que vagaba perdido, la ardilla es el símbolo heráldico de los Vogelweide. Sin embargo las ardillas de estas tierras son tan salvajes y curiosas como sus habitantes. Se comunican a golpes de porrazo, no porque sean de naturaleza violenta, sino porque parecen desconocer los límites entre un cuerpo y el otro, las sutilezas más simples de la individualidad de la materia. Mira sin querer reconocer que está en ninguna parte, lejos de todo lo que ama. La nostalgia le convierte en un hombre asustado y vulnerable. Desde el árbol puede ver las altas montañas que acaba de cruzar. Francia queda atrás. Delante la incertidumbre de estas tierras extrañas. Recuerda las palabras exactas de la sentencia poco antes de la partida: "Irás para pagar tu culpa, sin desear mujer ni gozar de placeres profanos. Irás a pie y vivirás de tu voz como un juglar villano. Pasado un año regresarás a la corte y te serán devueltos tus bienes y tus derechos de nobleza. Entonces presentarás ante las manos reales los versos más hermosos y piadosos que la protección del Santo te inspire en el Camino". Nunca irá a las Cruzadas, ese nido de fanáticos masacrando hombres sólo por el orgullo de poder. Mira los bosques que le rodean. Invitan también al amor y a las canciones como aquellos de Viena. Peregrinación a Tierra Santa o cárcel. Y en sus adentros algo le había indicado

otra ruta. Limpia la ardilla de plata del anillo familiar. Hay que encontrar un refugio antes de que anochezca. El sonido de unas flautas le orienta hacia una pequeña ermita. Dos hombres vestidos de peregrino le saludan con la cabeza. ¿Cómo hacerse entender? El latín que le sirvió en Francia también será bueno aquí. Como él, ninguno de los dos es creyente, a pesar de ser monjes goliardos. Sólo creen ver a Dios en el ardor del vino y se han convertido en viajeros de la alegría. También componen versos y melodías como él y tañen instrumentos. Se dirigen a Logroño, al festival de la vendimia. Luego seguirán el Camino hasta Santiago. Le ofrecen queso y un pellejo de vino. La noche se va volviendo ebria con las horas y las canciones de los dos monjes divierten al noble trovador, que ríe mirando la ardilla de su anillo. Toda la noche ha estado escuchando los lamentos de un pájaro nocturno. Tal vez los ronquidos de un demonio de las peñas. Hace días que ya no es el señor de Vogelweide. Sus ropas están descoloridas por el polvo y sus botas rotas. Necesita dinero para comprarse unas nuevas. "Vivirás de tu voz como un juglar villano". En algunos pueblos le han dado comida y a veces una cama o un granero donde reposar. Es la hospitalidad del Camino y así debe ser. Él, que antes sólo componía lo que otros tenían que cantar para vivir, cantará hoy sus propios poemas en el centro de esta hermosa plaza de la ciudad más grande que existe hasta Santiago. Lisiados, cómicos ambulantes, vendedores de milagros, toda esa chusma del pueblo que siempre despreció, es ahora su corte y se siente bien. A la puerta de la catedral las damas más nobles con perfil arrogante, salen de alimentar la iglesia con rezos y limosnas. Damas de fingido suspiro y tez pálida. Perlas que arrojar a los cerdos. Se sitúa en el centro de la plaza y con su pequeño laúd, los versos salen de su boca con la armonía del salto de la ardilla hacia el cielo de hojas. Nadie entiende lo que dice, pero las damas se detienen y brota alguna lágrima y alguna moneda y alguna prenda perfumada. El trovador canta su nostalgia. Los lisiados sanan, las mujeres muestran hermosas flores entre sus pechos, los vendedores de milagros callan al oír su voz. El mejor homenaje para su primer recital público. Su orgullo de nobleza se transforma en humildad. Nunca en la corte

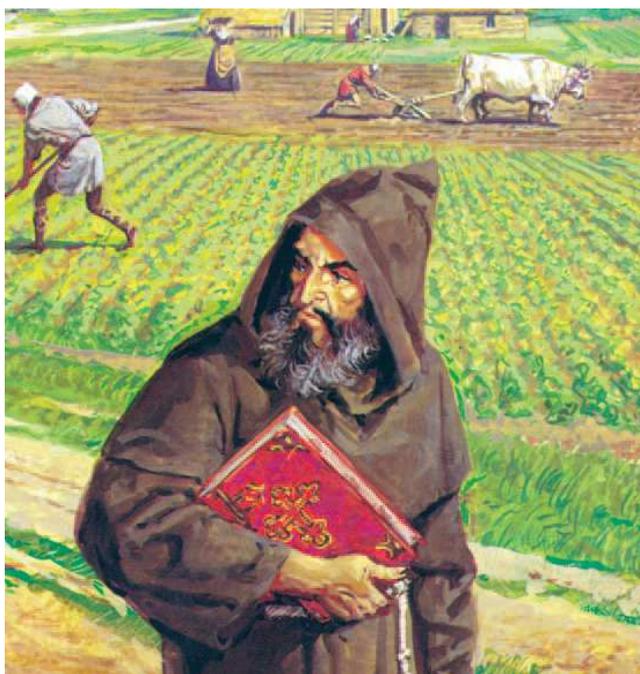
nadie se emocionó tanto con sus versos como esta gente, que no entiende lo que canta, pero que escucha con la devoción que sólo guardan para sus santos y sus demonios. De pronto la plaza se ilumina aún más. Una hermosa mujer descalza se acerca al trovador y baila en círculos rodeándolo. Él recita su último verso y el público estalla en gritos y aplausos. Entonces la mujer hace de su pañuelo un saco y recorre el público sonriendo, y cuando éste está ya bastante lleno, echa a correr con él entre las callejuelas y desaparece. El trovador reacciona apenas para correr tras la muchacha que se lleva su dinero, pero ésta ya ha desaparecido por el intrincado laberinto de la ciudad.”

“María Pérez Abaldeira se sonríe alumbrada por los rayos que se filtran entre los árboles. Improvisa cantando unos versos mientras piensa en el trovador extranjero. Sentada en un tronco que pende sobre el río, rodeada de montañas y una botella de aguardiente a medio acabar, ya no hay nostalgia del pueblo o de la casa: su familia son los árboles y las mansas bestias que a veces se acercan hasta el fuego y duermen junto a ella. Antídoto contra el frío ese aguardiente, a falta de otro cuerpo o de una manta. María Pérez Abaldeira respira profundamente. Su pecho se inflama antes de cantar. Los versos brotan de sus labios como un río sin fin sobre las peñas. No es el santo sino estos bosques el verdadero milagro del Camino. Cuando los árboles se difuminan ante su mirada tras la neblina, el deseo de tener en los brazos un cuerpo vivo y lleno de los aromas del bosque se hace más intenso. María Pérez Abaldeira no sabe escribir ni leer. Pero es capaz de retener en su memoria prodigiosa miles de versos que luego repite cantando por las plazas. La juglaresa con más talento y gracia a orillas del gran río. La criatura endemoniada que canta como un ángel. La hija natural de un monje letrado de un famoso monasterio. María Pérez Abaldeira nunca se atreve a cantar sus propios versos ante el público. Solamente en el corazón del bosque entona sus delicadas cantigas de amigo. Qué hermosas las canciones del trovador extranjero. Le gustaría poder entender su idioma. Toma otro trago de aguardiente para calen-



tar la voz. Cierra los ojos y sus canciones se van por el aire como mariposas apasionadas en busca de cielo. Tan ensimismada está con sus versos, que no escucha los pasos que se acercan por su espalda, las manos que intentan robarle la bolsa, los ojos azules que apenas parpadean mirándola fijamente.”

“Antes de abrir el tapón de su bota de vino, el joven monje, que acaba de abandonar la vida monacal tentado por las historias que ha oído contar a los peregrinos, recibe en su cabeza el duro impacto de una castaña. Al alzar la cabeza, sus ojos divisan la burlona silueta de una ardilla entre las ramas. Maldiciendo se aleja del árbol en el que acaba de disfrutar de una siesta de dos horas y da un largo trago de vino. Los peregrinos le han contado que ciertos monjes cultos hacen el Camino con la única intención de cantar las excelencias del vino. Se llaman a sí mismos goliardos, y están versados en el arte de construir versos en cuaderna vía. Su estética se inclina más hacia “l’amour courtois” de los trovadores franceses, pero en vez de a una dama, los goliardos prefieren alabar las virtudes del vino. El vino enaltece las almas hasta el éxtasis, al beberlo se glorifica a la tierra y con ello a las maravillas de la creación. Incluso se dice que algunos han llegado con el vino al mismo éxtasis que con la oración, y que estos místicos etílicos han visto a Dios en el sagrado líquido. Ha abandonado el monasterio hace un par de semanas, pero aún no se ha encontrado con ningún monje goliardo. Está decidido a llegar a Santiago de Compostela y si puede, vivir allí de algún oficio laico. Había oído hablar de los fieros osos que habitan estos bosques, pero no de sus descaradas ardillas. El golpe de la castaña aún le escuece en la cabeza. Después de unas horas de caminata, ve a lo lejos las luces de una pequeña aldea. Empieza a atardecer. El cielo se desgaja en terciopelos luminosos. Las nubes adquieren formas misteriosas. Él nunca ha conocido mujer, pero su tutor en el monasterio le contó que las mujeres eran seres celestiales destinados al canto, y que olvidaban este don cuando procreaban. Este anciano monje había anotado en un libro durante años todas las canciones que los juglares transmitían por los pueblos, y así era como había podido conocer las maravillas del mundo fuera del monasterio. Su tutor le dijo que de todas las maravillas, era la mujer la que guardaba el misterio divino



sin saberlo. Le contó que una vez, cuando era joven, había conocido carne de mujer y espíritu y canto, y que había sido un regalo de los bosques. El joven monje se sienta sobre una roca desde la que puede abarcar todo el valle. Come un poco de queso y pan, y bebe un largo trago de vino. De repente sus manos empiezan a garabatear perfectos versos rimados en cuaderna vía, tal como ha aprendido en el monasterio, pero la lengua en que escribe no es el encorsetado latín, sino el romance alegre del pueblo. Está convirtiéndose en un goliardo. Siente que esos versos no salen de él, sino que alguien se los va dictando directamente al pulso de su mano izquierda. Se siente arrebatado por un éxtasis extraño, por el poder de aquellas montañas cuya belleza exalta en las rimas. Sigue bebiendo y escribiendo hasta que una enorme luna llena ocupa el lugar de las nubes hembras y la oscuridad sella todos los caminos. En medio de su ebriedad escucha aullidos lejanos de lobos montaraces, pero no se asusta. Empieza a competir aullando aún más fuerte, cantando salmos en latín hasta quedarse dormido entre unos matorrales que crecen bajo la roca. Cuando se despierta es de día. Dos oseznos juegan con su ropa y le chupan la cara. La cabeza le estalla de la resaca y no puede pensar. Como puede se da prisa en alejarse de la cueva antes de que aparezca la madre. Tal vez el olor a vino ha hecho desistir a la osa de desayunárselo, y lo ha dejado allí como un juguete para sus crías. Empieza a alejarse pero las crías le siguen. Se escabulle como puede para que los dos oseznos no se alejen de la cueva. Está a punto de salir del tupido bosque cuando un grito de mujer le inmoviliza. La mujer amenaza a alguien enfurecida. El destinatario es un hombre con ropas nobles que reclama algo a la doncella. Pero ésta no parece tener la más mínima intención de dárselo. Agnus Dei.”

“Observa su sombra sobre una roca cubierta de musgo. Pasa lenta la mano acariciando el terciopelo verde. Le gusta el olor. Respira profundamente y continúa viaje, ligero el corazón. Se asombra de no sentir apenas nostalgia de sus tierras. Apenas miedo. Un sueño se le repite desde hace días. En el sueño, ha llegado a Santiago, pero no está solo. Dos figuras sin rostro le acompañan en la Plaza del Obradoiro. Es un sueño gozoso. Ahora la tierra se va haciendo más llana, pero las arboledas lo siguen cubriendo todo. Bosquecillos de ribera de río, álamos y chopos. El murmullo del agua le despierta la sed. Descubre entre unos peñascos un manantial, totalmente oculto. El señor de Vogelweide se arrodilla para beber. Coge el agua en el cuenco de sus manos, y un rayo de sol ilumina el milagro. El agua destella como un diamante líquido. La imagen le arrastra hasta un medallón perlado que adorna el cuello de una hermosa dama. Pero no se deja atrapar por el espejismo y bebe con avidez la dolorosa imagen en el agua. Bebe con avidez cada uno de los momentos que convirtieron al señor de Vogelweide en un juglar villano. Una ardilla le saca de su ensoñación. Sin saber por qué, se pone de pie de un salto y la sigue. Ella por las ramas del aire, él sobre la crujiente hojarasca. El trovador corre a la par que el animal, como una exhalación atravesando el bosque. Hombre y ardilla fundidos en el trazo del mismo movimiento. Una raíz sorprendente asoma entre las hojas y antes de que pueda entender, el señor de Vogelweide está tirado en el suelo, el rostro hundido en la húmeda tierra. Maldice la raíz mientras se palpa el golpe de la frente. De pronto escucha un hermoso canto de mujer. Nunca antes oyó una voz tan hermosa, entonada con tanta perfección. O el bosque está encantado o el golpe le provoca alucinaciones. Walter von der Vogelweide siente una emoción indescriptible. Se acerca despacio oculto entre los troncos. Una muchacha canta sentada sobre una gruesa rama que pende sobre el río, la falda roja remangada, los pies dentro del agua. Teme que si se acerca más, la visión desaparezca. Pero se acerca. Despacio. Se acerca y entonces la reconoce: la bella endemoniada que le robó el dinero en la plaza de la catedral de Burgos.”

“María Pérez Abaldeira es libre como la azulada urraca blanquinegra que trepa por la rama en la que está sentada y se detiene y escucha. Prodigios crea con su voz. El reflejo de la hermosa en el río se ondula entre los brillos del sol, como sobre un prado de estrellas. “Si has de venir, que sea por el aire, por el aire amigo, que sea por el aire. Si has de venir, que sea por el fuego, por el fuego amigo, que sea por el fuego. Si has de venir, que sea por los mares, por los mares amigo, que sea por los mares. Si has de venir, que sea por los bosques, por los bosques amor, que sea por los bosques”. María Pérez Abaldeira repite las estrofas aprendidas hace unos días junto a una hoguera. Tan concentrada está que no escucha el crujir de las ramas tras de sí, ni advierte el vuelo apresurado de la urraca que se aleja de ella en azul vuelo horizontal. María

Pérez Abaldeira solamente canta y se transforma en melodía, que se extiende por el bosque y danza con el río y se aleja con el viento más allá de las montañas. Apenas siente la mano que se enlaza a su cintura con decisión y tira de ella, apenas tiene tiempo de abrir los ojos y entender que está en el suelo, que no viaja ya con su canción, y que sobre ella hay un rostro que reconoce inmediatamente. El hermoso extranjero que trovaba en Burgos hechizando a las damas salidas de la catedral. Ahora lo recuerda. Las monedas. Se agarra instintivamente el cuello, donde brilla la perla que una de ellas depositó para el trovador. Pero de nada le sirven patadas ni arañazos. El extranjero tiene una fuerza portentosa. Si se escurriera, podría correr y huir río abajo, pero él se lo impide una y otra vez. Hasta que agotada, se queda quieta, mirando fijamente a los ojos del cazador. Un silencio se extiende a su alrededor, como creando un círculo que los aísla y los concentra en ellos mismos, o acaso el bosque se silencia para transformarse y dar paso al amor. Sin dejar de mirarle, María Pérez Abaldeira se pone a cantar: "Si has de venir, que sea por el aire, por el aire amigo, que sea por el aire. Si has de venir, que sea por el fuego, por el fuego amigo, que sea por el fuego. Si has de venir, que sea por los mares, por los mares amigo, que sea por los mares. Si has de venir, que sea por los bosques, por los bosques amor, que sea por los bosques". Los músculos se aflojan, la mirada del extranjero se serena, sus ojos nadan en el asombro ante la villana que canta como un ángel. Walter von der Vogelweide detiene ahí su vida, en esa boca a la que se acerca levemente como una libélula al torrente, y se llena de ella, y respira por ella. Un joven monje observa el milagro desde lejos, sin saber si es hechizo, encantamiento o brujería, si es pelea o batalla de amor, lucha o danza. Al no escuchar más gritos, sigue su camino con discreción de clérigo, saboreando el vino de su bota y soñando con la perdiz asada que piensa cenarse esa noche para celebrar el paso del Cebreiro."

"El mar de Fisterra llueve sobre los adoquines de la Plaza del Obradoiro. La insistente llovizna no asusta nunca a los peregrinos. Y como la lluvia que todo lo empapa, como las gotas que el viento dispersa, une y disuelve en expansión de bruma, la plaza se llena de un hormigueo humano que el santo bendice desde su trono de piedra. En la Plaza del Obradoiro se concentra el mundo. Un clérigo que el Camino ha transformado en hombre, y recita sus versos en cuaderna vía a quien quiera escuchar, un noble transformado en juglar en cuyo corazón no hay nostalgia de palacios y sí el gozoso embeleso de la vida libre, y una juglaresa que el Camino quiso que deviniera musa, dama y reina del noble extranjero, y que luce en el dedo índice de su mano derecha un anillo con el escudo de una ardilla engarzado entre diamantes. La dama mueve la pandereta arrojando bendiciones y alegría. Y bajo la lluvia que todo lo iguala, quien acaba de llegar se detiene y la mira como si fuera un ángel que acoge al peregrino

fatigado. Milagros crea con su voz. "Si has de venir, que sea por el aire, por el aire amigo, que sea por el aire. Si has de venir, que sea por el fuego, por el fuego amigo, que sea por el fuego. Si has de venir, que sea por los mares, por los mares amigo, que sea por los mares. Si has de venir, que sea por los bosques, por los bosques amor, que sea por los bosques". Plaza del Obradoiro, llegada e invención hacia otros viajes. La impostura de cualquier vida anterior se desvanece bajo el orbayo, y nadie quiere que el viaje se termine jamás." ■

### *La danza circular*

El primer velo es rojo como el ardor de la sangre y la visión de las amapolas.

El primer velo apasiona el aire y vuelve leve la sed del amor.

El segundo velo es anaranjado como el rubor de la rosa sobre las mejillas.

Del segundo velo nacen mariposas  
Y caligrafías de perlas.

El tercer velo es amarillo como el oro del sol y la dulzura de la miel.

El tercer velo irradia encantamientos  
y concede los dones de la primavera.

El cuarto velo es verde como la caricia del musgo  
y el fuego del mar.

El cuarto velo imanta el alma  
con geometrías vegetales y arabescos de luz.

El quinto velo es azul como las nervaduras del cielo y el abrazo del agua.

El quinto velo arremolina migraciones de pájaros  
y disuelve la fragua de la pena que quema.

El sexto velo es índigo como el olor de la tormenta  
y la revelación del rayo.

El sexto velo mueve a resplandor  
Con vuelo de arcángel sin espada.

El séptimo velo es violeta como estrella migratoria  
en arteria dorada.

En el séptimo velo palpitan árboles y cuerpos  
enramados en remolino y ascensión.

(del poemario *La Danza Circular*,  
de Cristina Rodríguez Aguilar)